

Palabras con vocación de abrazo para Félix del Valle y Díaz

Juan Carlos Rodríguez Búrdalo

Correspondiente

Quiero confesar que cuando don Ramón Sánchez González, Académico Secretario, me solicitó colaborar en un libro-homenaje a don Félix del Valle y Díaz, mi admirado amigo Félix del Valle, una nube nostálgica me encogió el ánimo. Dios mío, pensé, cuatro años ya fuera de Toledo, cuatro años sin el alivio de sus cielos, el murmullo del Tajo y el perfil de la ciudad, fijo en mi pupila; sin las sesiones dominicales en la Academia y la palabra amiga de los compañeros académicos; sin el trato frecuente con Félix del Valle. Pero, en fin, no quisiera que esa retro-mirada sentimental dejara aquí y ahora, sobre estas líneas de homenaje a Félix del Valle, un poso de nostalgia. Al fin y al cabo, si soy coherente con mis propios versos:

«El tiempo nunca premia ni castiga:/ impasible mira y las cosas pasan.»

Pasaron, por tanto,

«pero sucedieron / y es bueno recordarlo,/ pues mañana,/ cuando otra luz enhebre los despojos / y sólo la memoria sostenga / la torpe quimera de las horas, / la tarde, la piedra y el río / volverán a levantar ante mis ojos / el esplendor incierto de la vida.»

Recuerdo que al poco de ser vecino yo de Toledo, visitando una exposición en el Palacio de Santa Cruz, alguien me dijo: Te voy a presentar una personalidad importante de la ciudad. Era un hombre serio, grave pero cordial, con el que crucé palabras circunstanciales sobre el contenido de las vitrinas alineadas por los pasillos y poco más. Con ser esto tan poco, algo se quedó conmigo de aquel toledano cortés, sencillo y cercano, Félix del Valle, que me llevaría a buscar el encuentro y compartir la palabra en los eventos culturales en los que coincidíamos. No pocos, por cierto.

Poco a poco Toledo se hacía más mío, y pasear sus calles era prodigar saludos y reconocimientos, conocer mejor sus plazas, calles y rincones y, sobre todo, sentir el calor de nuevos amigos. Ellos y mi trato con él me

fueron conformando su retrato. Sí, Félix del Valle era y es una personalidad principal y singular de la vida cultural toledana. ¿Quién no sabe en Toledo que el Excmo. señor don Félix del Valle hizo de todo en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas; que ocupó con brillantez todos los cargos hasta culminar un período de diez años como Director? ¿Desconoce alguien su extraordinaria y plural personalidad artística, tan diversa y rica en sensibilidades? Por su currículum sabemos que es doctor en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, con la calificación «Cum Laude», por unanimidad. Conocemos también que durante 41 años fue un excelente profesor, y yo lo sé por sus alumnos, en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de nuestra ciudad (permítaseme esta proclamación de pertenencia, pues así lo siento, lo digo y reivindico siempre que la ocasión lo permite), nuestra ciudad, decía, de la que es doblemente graduado, osea, titulado en dos Especialidades. ¿Acaso exagero un ápice si digo que hablar hoy de esmalte, damasquinado o, más ampliamente, Artesanía toledana, resultaría un decir incompleto si falta el criterio de Félix del Valle? ¿Verdad que estos datos que apunto nada añaden al concepto y conocimiento que se tiene de nuestro ilustre homenajeado? Conferenciante generoso, con más de cincuenta intervenciones, casi todas en ámbitos toledanos, pero también en Francia o Estados Unidos. Yo creo que Félix del Valle ha sabido hacer suya la máxima de Baltasar Gracián: «Algunos creen que también hay que evitar el saber, pero si no se sabe no se vive».

Pero no debo abundar más en estos rasgos y méritos académicos, bien sabidos, para dedicar un espacio de estas palabras a Félix del Valle como poeta y como ser humano. Pienso que a la poesía llegó muy niño, aunque él no lo sospechara. Pienso que la poesía se fijó en él cuando el monaguillo Félix oficiaba travesuras propias de su edad en Santo Tomás, y otro niño, en medio del juego, descorrió de pronto la cortina que ocultaba de la vista al «Señor de Orgaz». Nunca el hombre de hoy olvidaría el escalofrío del niño de entonces ante aquella aparición, ante aquel primer encuentro, uno de esos milagros de la infancia que cuando perdemos la inocencia rebajamos a la condición de asombro. Asombro o milagro, juzgue el lector, si el poeta Félix del Valle nos dice en un poema:

«Yo contemplaba el cuadro / y no pisaba suelo.»

Unos años más tarde, cuando cumplidos los doce el monaguillo había colgado el hábito en la sacristía de su parroquia, Santa Leocadia; cuando ya adolescente sentía cantar la primavera en el alboroto de la sangre, en el furtivo mirar de las muchachas, por seguir a una de ellas vino a dar otra tarde en Santo Tomás, y de aquel segundo encuentro con El Greco nos escribe estos versos:

«Y yo volví a quedar / preso de aquel poema / prendido sobre un lienzo.»

Un tiempo después, olvidada también ya la adolescencia entre callejas y cigarrales, los enamorados Carmen y Félix, a punto de unir sus vidas para siempre, deciden visitar juntos al Señor de Orgaz. Allí la poesía vuelve a tocar su inspiración, que nos dejaría en estos versos:

«Carmen apretaba mi mano /...A nuestra boda iríamos / prendidas ambas almas / del mismo hilo / tremendo.»

Otros encuentros entre poeta y poesía se producirían frente a la visión, el asombro, el milagro del Señor de Orgaz. Félix del Valle, instalado en la plenitud que da la madurez, en un ejercicio de memoria los evoca y ensaya una despedida mitad prosa, mitad verso en estos términos: «Seguro que ya estarán escritas las visitas que me quedan por hacerle al cuadro. Dejaré de venir cuando Dios quiera. ¿Podré admirar el cuadro por encima del tiempo?», se pregunta, para responderse en los versos últimos del poema titulado «Final»:

«Me acurruco a su lado. / Y al calor de sus luces / me quedo / con los ojos abiertos / dormido / y soñando.»

Aquí una mínima pincelada del poeta, pero quiero terminar hablando del hombre. Para ello empiezo por pedir perdón al amigo porque voy a desvelar algo de su personalidad más íntima, algo de lo que fui testigo, pues sucedió en público, ante pocas personas, pero en público, en el «Salón de Mesa» de la Academia. Acababa una sesión y era el turno de las despedidas. En un sillón vacío, un ramo de flores nos recordaba la definitiva ausencia de una excelente académica, como lo fue doña Matilde Revuelta. Algunos de sus hijos y familiares se acercaron a Félix del Valle que conversaba conmigo. Uno de ellos, como si de un relicario se tratara, sacó de una caja la medalla de académica de doña Matilde y se la entregó a Félix con estas palabras: «Mi madre quería que se la entregáramos a usted personalmente, ella le tenía tanto cariño como respeto». El entonces Director de la Academia lo miró a los ojos, tomó en sus manos la insignia calmadamente, intentó unas palabras que no pudo, y vi que lloraba. Comprendí entonces la enorme calidad humana de este doctor, de este profesor brillante doblemente titulado, artesano principal, eminente conferenciante, poeta y narrador, Académico entregado, pero... sobre todo, en aquella emoción y aquellas lágrimas incontinentes, entendí la total dimensión de un hombre: éste del que hoy me siento hermano menor, del que me enorgullece llamarme amigo: don Félix del Valle y Díaz, querido amigo.